

Julio Castro, persona buscada a seguir buscando

Miguel Soler

El 28 de agosto se realizó en el Paraninfo de la Universidad un merecido homenaje a Julio Castro. Las presentes líneas forman parte del discurso que en esa ocasión pronunció el maestro Miguel Soler, quien denuncia la profunda cobardía oculta tras la designación – y la aceptación – del término “desaparecido”, doblemente injusto cuando se aplica a un hombre de la integridad moral de Julio Castro.

Siento sobre mi la difícil y honrosa responsabilidad de dirigirles la palabra por haber sido escogido, junto a Marta Demarchi y a Dahat Sfeir, para recordar esta tarde a Julio Castro, a nuestro Julio, desaparecido, hace ahora diez años. “Persona buscada”, dijeron entonces. “Persona a seguir buscando”, digamos ahora.

La vida de este amigo querido se fue extinguiendo en mi esperanza, allá, en una tierra distinta y extraña, y en la esperanza de sus familiares, en la de muchos de ustedes, silenciados aquí por la fuerza mas llenos de voces subterráneas y solidarias, en la de muchos compatriotas que el exilio había regado por paisajes anchos y ajenos, en la de muchos hombres y mujeres, a los que Julio consideraba sus hermanos de la patria grande, la patria latinoamericana de la desventura, la rebelión y la promesa.

En nombre de todos ellos tienen que ser dichas las palabras de esta tarde, en este paraninfo universitario donde tantas veces se oyó su voz.

Difícil y forzoso es, y sólo la generosa indulgencia de ustedes me lo hace posible, hablar en primer término para y por tres seres, tenaces en la búsqueda y austeros en el dolor ante la pérdida del esposo y del padre. Y luego hablar en nombre del hermano mayor, de Carlos Quijano, quien dejó este mandato: “Un día nosotros haremos justicia a Julio. Y si el tiempo se nos va, otros lo harán por nosotros”. Y hablar por muchos más; por los miles que fueron perseguidos con saña en este país; por los maestros y periodistas que aprendimos nuestros oficios en los limpios manantiales de Julio; por los que fuimos sus compañeros en tantas reu-

niones técnicas y sindicales y por los que lo fueron en MARCHA; por los niños del campo uruguayo, que tanto le deben, sin saberlo; y por los niños de esta ciudad, en especial los que fueron sus alumnos.

Y por sus incontables amigos de América: los maestros misioneros de México, que abrieron brechas que por mucho tiempo transitaremos; los educadores venezolanos; perseguidos por Pérez Jiménez; los guatemaltecos que a mediados de este siglo levantaron un edificio del que ya no queda nada, tantos han sido los terremotos; por los centenares de educadores de toda América, que fuimos sus alumnos en Pátzcuaro; por los campesinos de Michoacán; por los alfabetizadores del Ecuador; por los artesanos de Cuenca, los colonos de Milagro y los indios de Pesillo; y aun por los jóvenes maestros y periodistas mártires, caídos durante tantos años y ahora mismo en Chile, en Paraguay, en El Salvador, en la nueva Nicaragua, que accedió a su definitiva, digna e irrenunciable soberanía cuando Julio ya no podía celebrarlo.

Y aun corresponde hablar por las múltiples instituciones y personalidades, uruguayas y del exterior, de alcance nacional e internacional, que han adherido a este homenaje.

Son muchos, pues, los convocantes y los convocados a este acto, que ha de ser de recuerdo del compañero caído, claro está, pero también de reafirmación, de unidad y de esperanza actuante; es decir, propio de Julio.

Y a estas dificultades, que ustedes bien perciben, se agrega, en mi caso, otra, surgida también de un mandato de Quijano. Al denunciar en México los asesinatos de Michelini y de Gu-

tiérrez Ruiz. Quijano acotaba: "Pero estamos en guerra y somos militantes y creo que nuestra primera obligación es borrar la nostalgia y la emoción". Condición difícil de cumplir, repito, en mi caso.

No deseo avanzar en ningún tipo de consideraciones acerca de la personalidad de Julio sin declarar mi condena — y creo estar en el derecho de suponer la de toda persona normal— ante ese hecho monstruoso que con un eufemismo llamamos la "desaparición" de personas y que, en lenguaje llano, no es otra cosa que un crimen con ocultación del cuerpo de la víctima y con la simétrica ocultación de las circunstancias de su muerte y de la identidad de los victimarios.

Vengo, pues, a este acto a protestar personalmente por la muerte de Julio, a acusar a quienes ejercían el poder en este país en la nefasta década de los años setenta por la institucionalización de las formas más abyectas del autoritarismo y por su silencio culposo de años y años ante el reclamo nacional e internacional por la suerte de este amigo. Vengo, igualmente, a expresar mi dolor y preocupación por la presencia en la sociedad uruguaya de criminales, torturadores, encubridores, embusteros e hipócritas, que surgieron en este país hace unos años y que se multiplicaron a un ritmo que, para un educador, no deja de plantear angustiosos interrogantes.

Vengo también a repetir a la compañera, y a los hijos de Julio, que en todos estos años les he acompañado — ellos lo saben— con dolor auténtico; que he llorado por lo mucho que le quería y debía y por lo importantes que fueron y son para mí, como para tantos y tantos compañeros, las cosas que juntos logramos hacer. El día en que Carlos Quijano me llamó a París desde el México de su exilio para comunicarme la incierta suerte de Julio, comencé a transitar ese sinuoso camino que va de la confianza en la supuesta racionalidad de lo humano hasta el advenimiento progresivo de un duelo íntimo, pasando por meses de vaivén cotidiano entre esperanza y desesperanza.

En este proceso estuvieron hermanadas, en cruel aprendizaje, millares de familias rioplatenses para las que llegaría, penetrándolas despacio pero ineluctablemente, la certeza de la muerte de un ser querido.

Nos correspondió esperar mucho tiempo, por la fuerza de la tiranía armada, los días propicios a la investigación, el esclarecimiento, la

verdad y la justicia. El 22 de diciembre último se nos dijo que había habido un error, que todos habíamos vivido equivocados, que lo que había parecido un aplazamiento era una cancelación definitiva, que las palabras verdad y justicia quedaban suprimidas de nuestro vocabulario básico, aventadas por otras que sonaban a algo así como pacificación, sosiego, perdón, olvido, silencio.

Las mujeres de este país primero y todos después se levantaron y dijeron: No, no viviremos a oscuras, los asesinos no quedarán impunes, impondremos, con la fuerza de la ley y de nuestro dolor, la justicia que se nos quiere negar.

Y bien, yo he venido también a sumar mi modesta voz a la de quienes no aceptan la impunidad como único cierre de tan doloroso período. Me niego a olvidar, me niego a perdonar. Nos negamos muchos, ya más de medio millón, y cada día somos más. Nos negamos, claro está, por Julio, pero también por todos los demás, por los hombres y mujeres maduros que cayeron, y por los jóvenes y por los adolescentes y por los niños, atropellados indiscriminadamente por la inhumanidad organizada a escala del área de influencia del imperialismo. No admitimos convivir en la sociedad uruguaya ni en ninguna otra sociedad, bajo ninguna circunstancia, con el asesinato, la tortura, la violación, la desaparición, la cárcel como medios de confrontación de ideas.

De modo que mi manera personal de honrar a Julio es pedir que su caso siga abierto hasta que los culpables de su muerte y desaparición sean conocidos y debidamente juzgados.

Y puesto que el daño que padeció nuestro común amigo le fue inferido bajo un régimen militar, he venido a formular votos, en este recinto de pensamiento, de ciencia y de humanismo, por el día en que nuestro planeta haya abolido todos los ejércitos y todas las armas, por el día en que la violencia entre hermanos haya desaparecido, aun en sus más sutiles y solapadas formas, por el día en que en este país nadie pueda dirimir las cuestiones públicas apretando el gatillo. Mientras existan gatillos y dedos en disposición de apretarlos, los que nos ocupamos de educación deberemos cuestionar implacablemente nuestro trabajo, hasta lograr el desarme de las manos y de las mentes. ¿Es éste un sueño? Claro que sí, pero ¿qué función más alta cabe a la educación que la de sembrar sueños y cultivarlos, paciente y amorosamente, en perspectiva de siglos si es preciso, hasta su fructificación?